

Una reflexión sobre la docencia en la universidad

Antonio Heredia Bayona

Facultad de Ciencias, Universidad de Málaga

La Universidad es algo sinónimo de libertad. Libertad de pensar, libertad de contagiarse y libertad, finalmente, de ser contagiados.

Julián Marías

EN ESTE NÚMERO ESPECIAL DE *Paradigma* dedicado al cincuentenario de la Universidad de Málaga no podría faltar alguna reflexión sobre la tarea docente en la universidad de nuestros días. Algún compañero/a del claustro ya han vertido sobre este tema algunos comentarios y reflexiones de un modo indirecto en otros artículos de este número. Me gustaría completar dichas aportaciones desde otra mirada, desde la perspectiva de un profesor con más de cuarenta años de dedicación docente e investigadora que ha vivido la transformación de la universidad española a la vez que los cambios sociopolíticos de nuestro mundo reciente que necesariamente la han afectado.

Según nuestra actual Ley Orgánica de Universidades las tareas a desarrollar por los profesores universitarios comprenden labores docentes, investigadoras, de gestión y de extensión cultural. Estas tareas están íntimamente relacionadas y han de ser inseparables, en especial

la investigación y la docencia. Pero es un hecho que, en muchos casos, existe una tensión y desequilibrio evidentes entre estas dos facetas. Desequilibrio decantado, sin duda, hacia la labor investigadora. De hecho hablamos en términos institucionales en las programaciones docentes y en nuestras facultades y escuelas técnicas de «carga» docente y nunca de carga investigadora. Incluso resulta llamativo comprobar cómo las nuevas y más jóvenes incorporaciones a nuestra universidad, algunas amparadas por programas de excelencia investigadora, participan en encuentros donde se describen y valoran su potencial actividad investigadora sin mención alguna al compromiso que han contraído como profesores y docentes al incorporarse y pertenecer a unos determinados departamentos universitarios. La docencia parece ser transparente y pasa de puntillas casi siempre, no parece ser tema importante. Este desajuste entre la buena práctica docente e investigadora sería justificado por un amplio número de profesores por una supuesta mayor gratificación intelectual de la investigación. Esto, en cualquier caso, supondría una pésima justificación. No existe, por otro lado, una concordancia entre los estudios que abordan la relación entre docencia e investigación que muestren una clara correlación entre excelencia en investigación y excelencia

en docencia. Por supuesto que hay excepciones, pero el deseable equilibrio entre ambas labores es difícil conseguirlo. Es suficientemente conocido cómo se evalúa la actividad investigadora, estemos o no de acuerdo con los parámetros en los que se basa, pero en el caso de actividad docente, sin duda de no menor dificultad evaluadora, causa sonrojo cómo ésta se reduce en la mayoría de las universidades públicas españolas a una rancia, genérica y voluntaria encuesta entre los estudiantes de muy dudoso valor científico, con independencia de las características y peculiaridades de la titulación que cursan. Ambas evaluaciones carecen de un factor discursivo del sujeto evaluado lo que les confiere una fría parcialidad y un dudoso rigor. Estoy seguro que muchos pensamos que no cabe demostrarle a nadie científicamente de antemano cuál es su deber como profesor. Pero si se le puede exigir, nos debemos exigir, que tengamos la probidad intelectual necesaria para intentar desarrollar el reto de constatar los hechos, de determinar y analizar la estructura interna de los fenómenos inherentes a nuestra disciplina de tal modo que resulten comprensibles para una mente no educada, pero capaz, y que esta llegue, y esto será lo único decisivo e importante, a tener sobre ellos ideas propias. Temas éstos abiertos para futuras discusiones.

139

A pesar de lo indicado anteriormente, cuando reflexionamos acerca de la potencial tensión entre investigación y docencia encontramos más analogías que diferencias. Hacer buena ciencia y docencia necesitan de tiempo, de una buena dosis de trabajo personal y de disciplina, de aprender a corregir errores para establecer criterios personales. Necesitan ambas de una búsqueda personal constante, de un *pathos* creativo. Como afirmaba Ortega y Gasset, *la ciencia es creación, y la acción pedagógica se propone enseñar esa creación, transmitirla, inyectarla y digerirla*. También docencia e investigación requieren de la generosidad que nos habla San Agustín en sus *Confesiones*; del latín *generare*: dar luz. Y, al igual que

hay muchas formas de hacer ciencia, hay también muchos modos de enseñarla: con elegancia, con prepotencia, con avaricia, con ansiedad, con humildad, con cierta dosis de espiritualidad. Admiramos con frecuencia y con justa equidad los logros de compañeros en su devenir investigador pero tenemos también que aprender a reconocer, a tener como referentes a compañeros y compañeras por su silencioso e inquebrantable compromiso docente para con su universidad curso tras curso, en los malos y los buenos tiempos. Personalmente confieso que tengo siempre presentes a docentes concretos, muy pocos y no necesariamente de mi área de conocimiento, cuyo ejemplo supone para mi trabajo diario un incentivo extra que admiro, valoro y agradezco profundamente. No dudemos que, en última instancia, nuestras prácticas docente y científica son un fiel reflejo de nuestra lectura personal del mundo que nos rodea. Una lectura cambiante, *autopoietica*, que se auto-corrige, se adapta, crece, se diversifica, aprende de sus errores y permanece viva a lo largo de nuestros años de vida académica. Y no nos olvidemos que, usando como metáfora la interpretación de una obra musical, el desarrollo del contenido de una clase al igual que la lenta gestación de una hipótesis científica son, esencial y necesariamente, actos singulares, únicos e irrepetibles. Definitivamente docencia e investigación son procesos creativos de primera magnitud.

Enseñar, educar, supone una transformación cognitiva, moral y emocional de los sujetos docentes y discentes que se implican en la tarea de entender juntos un material de lectura y/o observación.

La tarea docente ha sido objeto de muchos ensayos y estudios pedagógicos. El verbo transitivo que la define es uno de los más hermosos de cualquier idioma: enseñar. Entre lo que he leído



Fotografía de Antonio Heredia

sobre este tema me quedo con la definición del sociólogo Víctor Pérez Díaz para quien enseñar, educar, supone una transformación cognitiva, moral y emocional de los sujetos docentes y discentes que se implican en la tarea de entender juntos un material de lectura y/o observación. Estoy convencido que esta *praxis* es capaz de generar también una enseñanza de los valores intrínsecos de cada área de conocimiento, de cada materia y de cada asignatura. Valores como el rigor intelectual, como el respeto a los antecedentes y el desarrollo histórico de cada disciplina, el valor de la crítica y del trabajo en equipo, la capacidad predictiva de las disciplinas científicas y también el gran valor que supone siempre la pregunta certera y lúcida frente a la provisionalidad de la respuesta. Además, como también se pone de manifiesto en otros artículos de este número, se generaría también el valor y potencial de la interdisciplinariedad para conseguir entre nuestras facultades y escuelas técnicas, paso a paso, una fértil transversalidad del conocimiento.

Enseñar en este sentido, como diría el desaparecido Jorge Wagensberg, consistiría también en enseñar a gozar, a disfrutar en un sentido spinozista, de la comprensión del complejo mundo que nos rodea. Tarea esta última difícil, llena de los obstáculos que nos impone la *multiversidad* actual en lugar de la verdadera y original *universidad*. Enseñar en esa vía contribuiría a formar irreversiblemente a unos estudiantes, futuros graduados, doctores y profesionales más creativos, innovadores, capaces de trascender los hechos y entrenados en una mirada más serena y holística, más rica, de la realidad de nuestro mundo.

Los docentes de nuestros días disponemos de un completo arsenal de técnicas y métodos que facilitan la actividad docente diaria. Los dos últimos cursos académicos que hemos vivido, y aún vivimos, atezados por la pandemia vírica han demostrado la gran valía que puede suponer el uso de la metodología virtual híbrida o total en nuestras clases.

Algunas prácticas recientes de estos últimos meses con dichas metodologías han llegado para quedarse y ser mejoradas en el futuro pero estoy seguro que muchos de nosotros hemos sentido en algunos días de clase a través de un ordenador una gran frustración e impotencia. Una especie de nostalgia, mal disimulada a veces, del tremendo e inconfundible potencial y valor de la clase presencial, la clase de siempre. Personalmente uno de los momentos más duros de mi larga experiencia docente ha sido comprobar en este curso actual de clases presenciales no reconocer el primer día de clase a ninguno de mis estudiantes cuando el curso anterior les había impartido en otra asignatura casi tres meses de clases virtuales. Faltaron en esos largos días, con la palabra siempre como protagonista, complementarla con la mirada, los gestos y los silencios para hacer del aula la presencia habitada por la comunicación, la interacción y el diálogo. Diálogos a veces con nosotros mismos cuando comprobamos los momentos especiales en que sabemos que estamos llegando a las mentes y expectativas de los estudiantes o cuando sentimos habernos equivocado en el enfoque de algún áspero concepto o cuando la lúcida observación de algún estudiante te hará modificar el planteamiento de un determinado concepto en el futuro. A veces, momentos casi mágicos, el aula parece vibrar de algún modo y todo ocurre como si allí estuviera sentado el alumno o alumna que fuimos. Aula de la que hay que recordar su noble etimología: espacio cerrado donde se llevaban a cabo ceremonias sagradas. Hay, sin duda, una fuerza tremenda en la oralidad e intercambio de ideas moviéndose en una aula, escribiendo acompasadamente en una pizarra y mirando una y otra vez a los ojos, escudriñando en los gestos la recepción del mensaje, del contenido. Son, en cualquier caso, las misteriosas reglas no escritas que la palabra transmitir, *tradere*, nos impone a la vez que nos regala. Todo esto no es nada nuevo, nos viene de antiguo y es sencillamente el fruto de nuestra herencia y evolución cultural. Incluso antes de la escritura la palabra

hablada en directo, delante de los discípulos, era parte integrante de la enseñanza. El maestro, como dice George Steiner, hablaba al discípulo quien le responde *todavía no he entendido pero llegaré a entender*. Como también nos dejó escrito que una universidad que se precie, una universidad digna es sencillamente aquella que proporciona el contacto personal del estudiante con el aura y la amenaza de lo sobresaliente. Esto es, en última instancia, cuestión de proximidad, de ver y de escuchar. Este ideal del conocimiento vivo, y por tanto cambiante, es también un ideal de oralidad, de alocución y respuesta cara a cara. Lo contrario era, para los maestros clásicos, algo cercano a una falsificación y traición. Debería seguir siéndolo para nosotros.

Cada lección, cada clase que se da en el aula es, ante todo, como dejó también escrito Steiner una lección de libertad. Ya la filosofía de Spinoza nos habla sobre la potencia de la libertad humana cuyo sentido descansa en un equilibrio ecuánime entre razón y emoción. En esa dirección, la educación, la enseñanza ha sido, es y será siempre uno de los logros más generosos y cooperativos de la humanidad. Su racionalidad comunicativa de basa en su discurso y en su disponibilidad para aprender. Y su fuerza directriz es clara: llenar esos discursos de emoción y la emoción de complejidad.

«La educación, la enseñanza ha sido, es y será siempre uno de los logros más generosos y cooperativos de la humanidad.»

Me temo que al final esta reflexión, en una época de pleno auge de la información digital, no tiene nada de moderna ni de futurista, y que cualquier docente de hace decenas y decenas de años, en otros escenarios distintos, la hubiese podido firmar. Pienso para terminar que, en última instancia, la profesión docente supone una

**«Hay, sin duda, una fuerza
tremenda en la oralidad
e intercambio de ideas
moviéndose en una aula,
escribiendo acompasadamente
en una pizarra y mirando
una y otra vez a los ojos,
escudriñando en los gestos
la recepción del mensaje, del
contenido.»**

lucha constante contra el olvido potenciando clase tras clase una *libido sciendi*, un deseo de conocimiento y una ansia de comprender. No hay oficio más privilegiado. Intentemos ser dignos herederos del mismo y darle siempre el respeto que merece. Y por extensión honremos, como escribió Marco Aurelio, lo que hay de excelente en el mundo y lo que haya en nosotros, docentes e investigadores, de más aventajado.

Las argumentaciones deben terminar con poesía, la más fértil de las creatividades humanas con posibilidad trascendente. De un maestro de la poesía desaparecido ya hace años, Claudio Rodríguez:

*Dichoso el que un buen día sale humilde
y se va por la calle, como tantos
días más de su vida, y no lo espera
y, de pronto, ¿qué es esto?, mira a lo alto
y ve, pone el oído al mundo y oye,
anda, y siente subirle entre los pasos
el amor de la tierra, y sigue, y abre
su taller verdadero, y en sus manos
brilla limpio su oficio, y nos lo entrega
de corazón porque ama, y va al trabajo
temblando como un niño que comulga
mas sin caber en el pellejo, y cuando
se ha dado cuenta al fin de lo sencillo
que ha sido todo, ya el jornal ganado,
vuelve a su casa alegre y siente que alguien
empuña su aldabón, y no es en vano.*